

sacrificio de la alabanza: entónces no tendré otro consuelo mas dulce que el de conversar con Vos: mi corazón penetrado de vuestras grandezas y misericordias, meditará en ellas desde la mañana para no distraerse en todo el día. Haced, Dios mio, que lleno de confianza en esta misericordia, pueda á la sombra de vuestras alas gustar en la tierra de la tranquilidad y de la paz, miéntras que en los tabernáculos eternos canto vuestras alabanzas. Así sea.

INSTRUCCION PARA EL DÍA DE LA ASCENSION

SOBRE LA GRANDEZA
DE JESU-CHRISTO EN EL CIELO.

PSALMO CXII.
vers. 4.

*Excelso es sobre todas las naciones el
Señor, y su gloria sobre los cielos.*

Nuestra conversacion es ciertamente de los cielos segun la expresion del Apóstol San Pablo. Todos los otros misterios de la vida de Jesu-Christo nos acuerdan la debilidad, la miseria y la corrupcion de nuestra naturaleza; pero éste en que todo es gloria y grandeza para Jesu-Christo sin mezcla alguna de humillacion y de oprobrio, no nos ofrece sino consuelos y motivos de la

mas viva esperanza. Aunque Jesu-Christo resucitado no tenia ninguna de las tristes señales de nuestra mortalidad, habitaba todavía este valle de lágrimas; pero ahora que ha subido á los cielos, adquiere su humanidad el grado de grandeza y de gloria que le habian merecido sus trabajos y tormentos. ¡Ah! Fijemos, hermanos míos, nuestros ojos en el cielo como los Apóstoles; y aunque una nube espesa nos le robe, penetremosla con los ojos de nuestra fe. Contemplemos á Jesu-Christo sentado á la diestra de su Padre, tambien nuestro, rodeado de sus Santos, que son nuestros hermanos, gozando de la felicidad que nos ha merecido y adquirido con su sangre, reuniendo en alguna manera en la mansion de su gloria todos los caracteres de grandeza que nos ha mostrado sucesivamente en la tierra.

Jesu-Christo es grande en el cielo. Esta verdad, hermanos míos, es entre todas las que nos ofrece la religion la mas fácil de establecer, y al mismo tiempo la mas instructiva y consoladora. No quiero decir que sea dado al hombre el formarse una idea justa de la glo-

ria de Jesu-Christo: porque si no podemos hablar dignamente de la gloria de los Santos, ¿cómo hablaremos de la de aquel que es xefe y cabeza de los predestinados? El ojo no ha visto, dice el Apóstol, el oido no ha oido, el corazon del hombre no ha comprendido los bienes que Dios prepara á los que le aman. ¿Nos atreveremos con facultades tan limitadas á describir la felicidad de quien desde la eternidad misma es el objeto de las delicias de su Padre? Su generacion es inefable, dice el Profeta, su gloria y su felicidad es indecible; y si el Espíritu Santo no se hubiera dignado en las divinas Escrituras de quitar algun tanto el velo que oculta su magestad, nos veriamos reducidos á adorarle y á callar; pero abro estos libros sagrados, y veo en Jesu-Christo glorificado tres caracteres de grandeza.

Jesu-Christo es grande por el lugar que tiene en el cielo, por las funciones que exercita en él, y por las gracias que merece y derrama sobre toda su Iglesia. No teniendo sin duda esta tierna Madre expresiones bastantes para ponderarnos la grandeza de Jesu-Christo

to en el cielo, se contenta con decirnos en el símbolo de nuestra fe, que está sentado á la diestra de Dios Padre; pero esta locucion tan sencilla no nos presenta una idea de grandeza imposible de expresar? El, como dice el Profeta, se ha elevado sobre todas las naciones, pues que no hay criatura humana que pueda ponerse á su nivel; se ha elevado sobre los cielos mismos, porque los Espíritus celestiales no son otra cosa que los executores de la voluntad del Altísimo, y á ninguno se ha dicho: tú eres mi Hijo muy amado, siéntate á mi diestra hasta que reduzca á tus enemigos á servir de escabel de mis pies. Por esta causa exerce sobre todas las criaturas el dominio que le ha dado su Padre. La Iglesia por esto nos le representa hoy como que ha de venir á exercitar su poder sobre toda carne; á saber, su justicia contra los pecadores, y su misericordia con los escogidos. De aquí nace que mande como dueño, sin que haya quien pueda resistirse á su voluntad suprema. Por esto recibe nuestros respetos y adoraciones; y teniendo fixa su vista sobre las miserias de nuestra vida, á cada uno le señala el lu-

gar que le está destinado en su reyno. Esta verdad no es puramente especulativa, hermanos míos, porque la gloria de la cabeza es la de los miembros, dice San Agustin; y ascendiendo su humanidad á los Cielos, nos ha mostrado abierto el camino. Sí, él mismo nos abre, dice el Apóstol, este camino nuevo y viviente: nuevo, porque ántes de de él estaba cerrado á nuestras esperanzas y deseos: viviente, porque Christo es esta vida que siempre existe, y porque nos ha de enseñar con sus exemplos á merecerla; pero tambien nos advierte que los premios en el Cielo han de ser proporcionados á los esfuerzos que se hayan hecho para conseguirlo. Así, quando la Iglesia quiere excitar nuestra emulacion trayéndonos á la memoria la Ascension de Jesu-Christo, y el preeminente lugar que ocupa en el Cielo, nos repite aquellas palabras que la madre de los Macabeos decia al mas tierno de sus hijos: hijo mio, te pido que mires al Cielo. Este en alguna manera es el grito de la Iglesia en esta solemnidad. Esta tierna Madre que nos ve con inquietud, expuestos á las tentaciones de la vida presente, nos pide

que consideremos á Jesus glorificado, y con este solo pensamiento nos da fuerzas para nuestros combates, nos consuela en nuestras penas, y nos anima á la práctica de todas las virtudes; pero todavía excita mas nuestra confianza quando nos instruye de las funciones que exerce en el Cielo.

Era ciertamente un espectáculo muy interesante para los Judíos la ceremonia que se hacia una vez al año. El gran Sacerdote teniendo en sus manos el incensario, y la sangre de las víctimas, penetraba en el Sancta Sanctorum, lugar donde él solo podia exercitar funciones tan terribles, y los Sacerdotes, los Levitas y el Pueblo esperaban su vuelta con un temor religioso. Esta ceremonia era muy propia para fixar la atencion del Judío carnal y grosero; pero sin embargo no era mas que una figura del misterio que nos representa la Iglesia en este dia. Jesu-Christo entra en el cielo; pero como es el Pontífice eterno, no necesita como los otros Pontífices carnales ofrecer sacrificios por sus propios pecados, ni tomar la sangre de las víctimas, ni quemar inciensos materiales y terrenos; y así solo rompe

el velo de su humanidad, y por medio de este velo, dice el Apóstol San Pablo, se presenta á su Padre. Allí le repetirá sin cesar hasta la consumacion de los siglos aquellas palabras que dixo al venir á este mundo: he aquí que vengo. Allí le ofrecerá eternamente la sangre que ha derramado por nuestros pecados; y finalmente se elevarán hasta la Magestad suprema el buen olor de sus virtudes, el mérito de su obediencia y el incienso de su oracion. ¡Ah! consolémonos, hermanos míos, dice el Apóstol, porque tenemos un Pontífice que se compadece de nuestras enfermedades. Su caridad y su misericordia no se sacian con remediar una sola necesidad, sino que se extienden á todas de qualquier clase que sean. Hermanos míos, meditemos los recursos que nos ofrece la Religion en esta qualidad de Pontífice. Si siempre que á los pies de los altares participamos del santo sacrificio, meditamos atentamente que aquel Jesus que ofrecemos en la tierra, se ofrece él mismo continuamente en los cielos: que la sangre preciosa que aquí nos sirve de consuelo, allí delante de Dios hace toda nuestra se-

146 *Instruccion para el dia*
guridad, no tendríamos tanta tibieza para elevar nuestros corazones quando el Sacerdote nos invita: al contrario avivados por la fe, nos postraríamos delante del altar sublime del cielo; quando adoramos la víctima ofrecida sobre el altar visible de la tierra. Este, hermanos míos, es el único medio de participar de las gracias que Jesu-Christo merece, consigue y derrama sobre toda su Iglesia en el misterio de su ascension.

Pide, madre mía, decía Salomon á su madre; y Jesu-Christo desde lo alto del cielo habla de la misma manera á la Iglesia su Esposa, y Madre de todos sus miembros. Pide, la dice: las necesidades de tus hijos son inmensas; pero las riquezas de mi misericordia sobreabundan infinitamente. Pide: en el cielo me ha sido dado todo el poder sobre la tierra y los infiernos; y de qualquier naturaleza que sean las gracias que solicites, encontrarás abiertos los tesoros de mis méritos.

Gracia de conversion. Yo soy el que inspiro el espíritu de temor que perturba al impío quando mas enenagado está en sus desórdenes; el es-

piritu de compuncion, que le aflige á la vista de sus caidas: el espíritu de humildad que le hace conocer su nada y su miseria; el espíritu de vigilancia y de oracion que le hace gemir, que le da fuerzas y le alienta para entrar en la pelea; y el espíritu de justificacion que le convierte.

Gracia de perseverancia. Yo soy quien anima al justo para el combate; quien le sostiene en las tentaciones; quien le asegura sus adelantamientos y progresos en el camino de la virtud, y quien consume por la gracia la obra de su santificacion.

Gracia de paciencia. Desde el seno de mi gloria veo á mis amigos sumergidos en la tristeza y la amargura, compadezco sus males, suavizo y alivio sus desgracias, sostengo su esfuerzo, y fortalezco su humildad y su fe.

Gracia de penitencia y de abnegacion. Yo soy quien inspira el desprecio y el disgusto de las cosas terrenas, y quien derrama la dulzura y la uncion sobre los ejercicios mas duros, sobre los sacrificios mas generosos, y sobre las mortificaciones que mas resiste la naturaleza.

Gracia de caridad y de amor. Yo amo al Padre, y él me ama, y comunico las impresiones y sentimientos de este amor mutuo á las almas que me son fieles. Por este amor hago que no tengan otra voluntad que la de su Dios, ni otras inclinaciones que aquellas que les acerquen mas á su Dios, ni otros deseos que los de estar eternamente unidos con su Dios.

En esta solemnidad es, hermanos míos, quando empieza Jesu-Christo á cumplir sobre sus Apóstoles esas consoladoras promesas que han de extenderse en la serie de los siglos sobre toda su Iglesia. Por Jesu-Christo, dice el Apóstol San Pedro, nos ha dado Dios muy grandes y preciosas promesas. Presente siempre entre nosotros por su espíritu, disipa nuestras tinieblas, destruye nuestra ignorancia, fortifica nuestra flaqueza, purifica nuestros afectos, da fervor á nuestras oraciones, santidad á nuestras obras, docilidad á nuestra voluntad, viveza á nuestra fe, y certeza á nuestra esperanza.

¡Es posible, Jesus mio, que dexando este valle de lágrimas, no habeis querido dexarnos huérfanos! Ya pues

que sois nuestro Redentor, no ceséis de desempeñar tan augusta función cerca de vuestro Padre, y animado siempre del mismo amor, haced vuestras delicias de estar con nosotros por vuestro espíritu: haced que toda nuestra obligación se cifre en amarnos, y que sean estos siempre nuestros deseos. Vuestra tierna caridad no solo no se resfriará nunca para con nosotros, sino que ella os solicitará, os instará y os forzará en alguna manera á que atendáis y alivieis nuestras miserias. Somos, Señor, pecadores, y esperamos de Vos la remisión y la gracia. Somos débiles; pero de Vos nos ha de venir el socorro y la fuerza. Somos desterrados; pero con Vos hemos de gozar el descanso de la patria. ¡Que no conozcamos, Señor Jesus, otra felicidad ni alegría en la tierra que la de ser vuestros! ¡Que no conservemos otros deseos que los de gozaros un día! Haced que toda nuestra gloria consista en la humildad, en la penitencia, y en la cruz para que con Vos la gocemos eternamente. Así sea.